

La arqueología de Coahuila y el Bolsón de Mapimí

Breen Murray

El 16 de octubre de 1992 se llevó a cabo en el Archivo Municipal de Saltillo, Coah., la presentación del libro de la arqueóloga Leticia González Arratia, Ensayos sobre la arqueología en Coahuila y el Bolsón de Mapimí.

Editado por el propio Archivo y el H. Ayuntamiento de Saltillo 1991-1993, este libro contiene la recopilación de ensayos basados en los problemas de investigación y resultados derivados del Proyecto Arqueológico Bolsón de Mapimí.

Este proyecto se inició en el Departamento de Prehistoria del Instituto Nacional de Antropología e Historia en 1979 y se continúa en el Museo Regional de La Laguna (INAH) a partir de 1986.

La historia prehispánica del norte de México presenta la característica de que para su elaboración es necesario recurrir totalmente a los procedimientos arqueológicos para obtener datos empíricos. De la combinación de estos datos junto con un planteamiento teórico general se puede iniciar la construcción de un cuerpo teórico particular que dé significado a la presencia de los pobladores prehispánicos de esta área en el contexto de la historia prehispánica nacional y en el contexto de la antropología universal.

Es, por supuesto, un largo trecho el que hay que recorrer, y los trabajos aquí reunidos muestran únicamente la parte del camino en el que se ha avanzado hasta el momento.

La presentación del libro estuvo a cargo del doctor en Antropología Breen Murray, de la Universidad de Monterrey y destacado investigador de la arqueología de Nuevo León. Sus trabajos sobre petroglifos de Nuevo León le han valido un reconocimiento internacional.

Hace cuatro siglos aproximadamente se inició el ocaso de un modo de vida que había perdurado durante todos los milenios anteriores desde la llegada de los primeros pobladores humanos a estas tierras. Los antropólogos lo llaman el modo de vida cazador-recolector, señalando así la dependencia de las plantas y animales silvestres como su rasgo distintivo, y la lucha para obtener alimentos como su quehacer principal. Fue la tarea histórica de los colonizadores españoles y tlaxcaltecos reemplazar esta adaptación ancestral con alternativas nuevas derivadas de las técnicas agrícolas y el pastoreo de los animales domesticados traídos de Europa. El efecto sobre el paisaje regional fue inmediato y así como un aumento notable en la productividad de la tierra, una contradicción absoluta con la subsistencia derivada de la cacería y de la recolección. Transformó aquel mundo de campamentos y paisajes naturales en el paisaje que conocemos hoy en día, lleno de ranchos, granjas, pueblos y ciudades. No obstante, las huellas de aquel mundo anterior nos rodean constantemente y constituyen la temática fundamental de la arqueología nortea.

En este libro la arqueóloga Leticia González deja constancia de más de una década de trabajo dedicado al estudio de los cazadores-recolectores prehispánicos del norte. Los trabajos aquí recopilados se destacan por su cuidadosa atención a la metodología científica, y la aplicación de las técnicas y teorías arqueológicas más avanzadas. En cierto



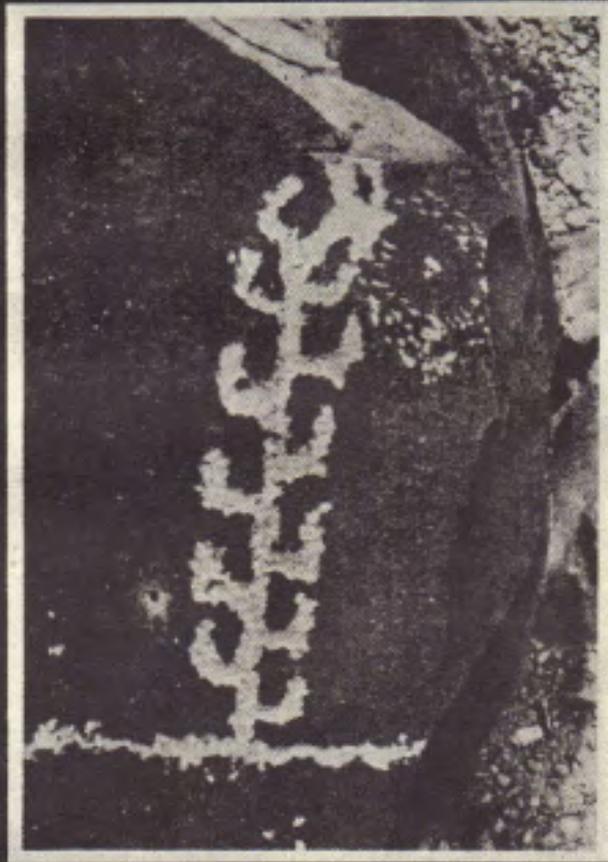
sentido, se puede decir que abre una página nueva en el estudio arqueológico del norte por el contraste que genera con las investigaciones anteriores, como la autora misma reconoce en uno de sus trabajos.

La arqueología que ella practica viene armada con herramientas técnicas y conceptuales más filosas, y trata de armar una visión del pasado más apegado a la realidad arqueológica. No hay en estas páginas la muy buscada tierra de Aztlán, ni aparecen las sombras de viajeros fenicios, ni extraterrestres, proyectadas sobre la arqueología prehistórica como imágenes láser de nuestros tiempos. Desaparecen también muchos nombres y categorías inventados por los arqueólogos anteriores para llenar el vacío del tiempo que percibían, aunque integrados los datos empíricos que estos estudios contienen para la formulación de un nuevo modelo.

Lo que predomina es el compromiso con el trabajo de campo y el enfrentamiento con los datos empíricos. Tal vez estos resultados no se conviertan en grandes titulares de la prensa popular, pero tienen la enorme virtud de ofrecer mayor credibilidad pues se apoyan en la utilización de la metodología científica sistemáticamente aplicada.

Cualquier arqueólogo mexicano, en este caso arqueóloga, que opta por estudiar los cazadores y recolectores del norte se encuentra ante una panorámica llena de retos que enfrentar y se ubica en el papel de pionera. Los estudios arqueológicos de la región han sido pocos, y la mayoría de ellos efectuados por arqueólogos norteamericanos. El único proyecto mexicano, antes de que Leticia iniciara su estudio del Bolsón de Mapimí, fue la famosa excavación de la Cueva de La Candelaria en los años 50, y su enfoque en la recuperación de bultos mortuorios y restos humanos contrasta marcadamente con el interés en la territorialidad, estacionalidad y tecnología que desarrolla Leticia en su propia investigación. Atinadamente la arqueóloga atribuye este desinterés en la arqueología del norte, no a un centralismo perverso ni tampoco a la falta de material, sino al hecho de que el modo de vida cazador-recolector deja otro tipo de vestigios que los que

Ensayo sobre La Arqueología en Coahuila y el Bolsón de Mapimí



Leticia González Arratia

se conocen en la región mesoamericana, y se orienta a problemas de interpretación distintos a los que aborda la mayor parte de la arqueología mexicana. Pocos son los arqueólogos mexicanos que van más allá de las fronteras mesoamericanas, o buscan las huellas ya muy tenues de sus antecedentes preagrícolas. Tales estudios requieren un adiestramiento en un tipo de arqueología poco practicado en el contexto mexicano actual.

Por fortuna, la autora tuvo contacto y

recibió la asesoría de uno de esos arqueólogos, el doctor José Luis Lorenzo, a quien rinde justo reconocimiento en otro de sus trabajos recientes. Las perspectivas que abrió Lorenzo sobre el pasado remoto de México son aplicadas en su trabajo al caso de los cazadores-recolectores que perduraron en el norte hasta la época de la conquista.

La autora percibe, desde un principio, a los restos arqueológicos no en términos de las glorias de Mesoamérica aquí ausentes, sino relacionado a un

marco de referencia global que los toma como un ejemplo más de un modo de subsistencia que subyace a toda la prehistoria humana.

La relevancia de su trabajo no emana de una nostalgia por un mundo perdido de salvajismo inocente, ni del racismo nacionalista en busca de las raíces de la mexicanidad, sino de su capacidad para reconstruir las relaciones hombre-medio ambiente bajo postulados diferentes a los que prevalecen actualmente, brindando una visión más amplia sobre los cambios ecológicos recientes que los ubica dentro de procesos naturales mucho más lentos. Es una perspectiva que solamente la arqueología puede dar, y queda explícita en el Proyecto Bolsón de Mapimí por la colaboración del Instituto de Ecología, A.C., e implícita en todas las explicaciones que ofrece González Arratia sobre el material arqueológico encontrado.

Tal vez la mayor ventaja del método científico sobre la mera especulación es que demanda un aprendizaje continuo, y encaja en un diálogo que genera nuevas preguntas. Es especialmente grato hallar en los trabajos reunidos en este libro una documentación completa de este proceso de análisis, y observar el desarrollo de innovaciones teóricas en su planteamiento.

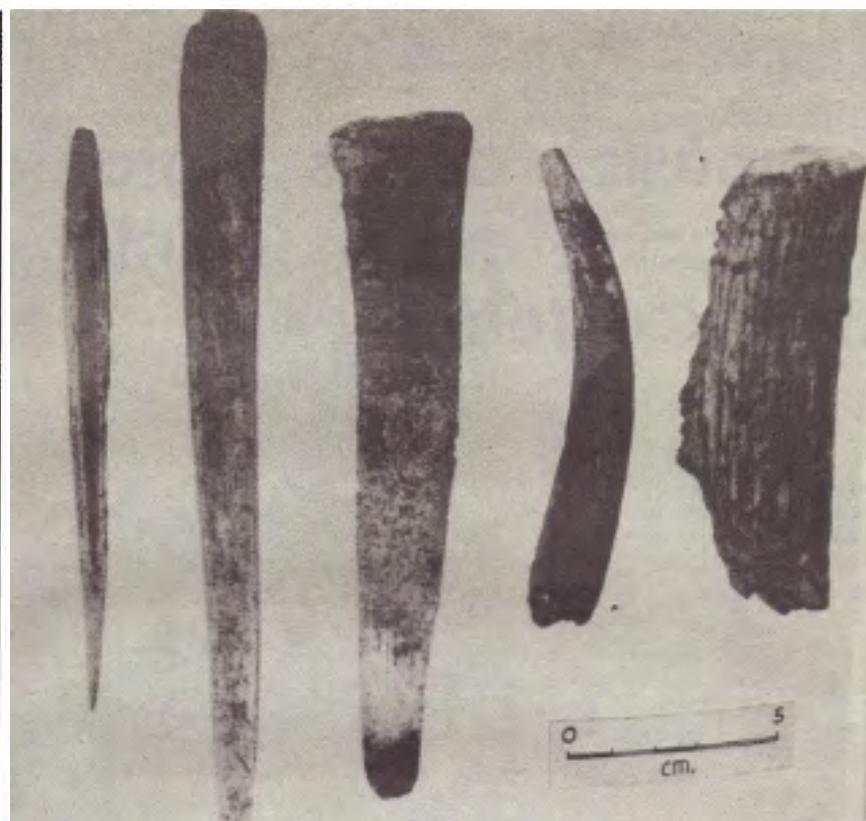
Habiendo abandonado los viejos esquemas clasificatorios, la arqueóloga aprende las técnicas de reproducción lítica para entender mejor la forma como fueron fabricados y la función de las herramientas recolectadas en las diferentes temporadas de campo del proyecto mencionado. Reconoce que estas herramientas representan varias etapas de trabajo y uso, formando así un registro de actividades económicas llevadas a cabo en espacios específicos. Poco a poco los contornos del mundo de los cazadores y recolectores vuelven a presentarse ante la mirada atenta de la arqueóloga, y surge una nueva definición del nomadismo autóctono que identifica tanto la movilidad como la permanencia en el registro arqueológico. El cazador-recolector escogía entre alternativas razonables la que más le convenía. Sea cual fuere su limitante tecnológica, comparte con nosotros el uso de la razón y el deseo de sobrevivir, y por

medio del razonamiento arqueológico se pueden reconstruir detalles sorprendentes sobre el contexto en que se movía. La respuesta tentativa es que los pobladores del norte mexicano no eran buscadores errantes de comida sino que explotaban diferentes recursos naturales dentro de un territorio delimitado, y su reproducción dependía de un profundo conocimiento del medio que les rodeaba, las estaciones de cada planta, los movimientos de cada especie de animal, los ciclos de lluvia y sequía que enmarcan la sobrevivencia de cualquier

grupo humano en un medio semidesértico. Si bien la estrategia de caza y recolección tiene características fundamentales semejantes en cada lugar que se practicaba, es igualmente cierto que cada sitio en el mundo donde existía demuestra adaptaciones específicas. Con los trabajos de Leticia González, los pobladores prehistóricos del norte empiezan a tomar su lugar muy particular dentro de esta panorámica.

La metodología de trabajo aquí expuesta subraya también una nueva etapa en las necesidades de protección y preservación de los sitios arqueológicos. La arqueóloga trata de eliminar toda selectividad en la recuperación de artefactos, dando énfasis tanto a los desperdicios del trabajo como a los productos finales bien elaborados que siempre han llamado la atención de coleccionistas casuales. Aprovecha al máximo las posibilidades de la arqueología de superficie, evitando así la necesidad de utilizar técnicas más intrusivas y costosas como la excavación. Pero la efectividad de esta metodología se reduce notablemente si las superficies estudiadas han sido





alteradas por actividades recientes. El saqueo-hormiga, la comercialización ilícita de artefactos, la destrucción de sitios enteros, y la aceleración de procesos naturales destructivos de los mismos dificultan el tipo de análisis practicado aquí, invalidando las premisas de asociación que guía a su esfuerzo. Seguramente los arqueólogos del futuro van a contar con técnicas adicionales que brindan una información más completa y detallada. (Para mencionar un sólo ejemplo, ya existen técnicas para el fechamiento de las pinturas rupestres, y en un futuro no muy lejano su aplicación va a permitir una cronología más completa y exacta de este tipo de vestigios, que los vincula con otros restos fechables, y permite forjar lazos entre la economía y la ideología inaccesibles a la arqueología hasta el momento.)

Ante la acelerada destrucción de los sitios, cabe preguntarse: ¿cuál es el futuro de la arqueología? ¿Es factible esperar que los arqueólogos encuentren sitios adecuados para proseguir sus estudios o tendría que contentarse con un montón de fotografías viejas y recuerdos?

El avance de la ciencia arqueológica depende de las medidas de protección y rescate que se implementan hoy.

Ante esta problemática, los trabajos de Leticia González adquieren una relevancia mayor. Habiendo demostrado de manera tentativa el valor científico de este patrimonio arqueológico, el diseño de su proyecto demuestra también el enlace práctico que nos puede guiar a una solución efectiva. Los sitios arqueológicos requieren de la misma protección que las reservas ecológicas para que sean de utilidad científica permanente. Son espacios concretos en el paisaje moderno, y su designación exige una conciencia de su valor, y un compromiso de toda la sociedad para guardarlos intactos so pena de perder para siempre el conocimiento que puedan brindar. Espero que la publicación de este libro sirva como llamado claro y penetrante hacia la realización de esta tarea, para que el diálogo en que participamos todos nosotros no termine en una ignorancia más profunda basada en conceptos ilusorios.